

Memoria: intemperie y refugio

María Eugenia Borsani*

I. Dejar huella: imperativo inexcusable

Recuperar la huella de diversos acontecimientos traumáticos que marcaron e hicieron historia, nuestra historia –se trate del pasado lejano o reciente– cobra, en determinadas ocasiones, la dimensión de un imperativo inexcusable. Así también, para los perpetradores de sucesos históricos oprobiosos para la condición humana, esto es, para los responsables de crímenes de esa humanidad –sean éstas personas físicas o jurídicas– diseñar tácticas de ocultamiento se torna a su vez tarea constante. Vastos estudios dan cuenta de este fenómeno de encubrimiento en nuestras latitudes. Por ejemplo, la España conquistadora procuró con su arquitectura sepultar y borrar el pasado indígena precolombino, pero la memoria indígena no sucumbió aún cuando sus construcciones fueron devastadas y ocultadas.

La memoria libra batalla ante intencionales omisiones y desarrolla diversos procedimientos para no perecer ante intentonas de deliberados borramientos. Aún cuando lo que cabe traer al presente motive repulsa y resulte abominable, estamos impelidos a recordar si pretendemos dejar rastro de aquello que impugnamos y apostamos no vuelva a suceder.

Francisco Wichter, único sobreviviente en nuestro país de la Lista de Schindler, en relación a los dramáticos acontecimientos que como judío vivió, expresa: “la conciencia de la humanidad alimentó la ilusión de que podía olvidar qué fue el genocidio nazi; pero el genocidio no fue un acto

* Universidad Nacional del Comahue - CEIFISOH.

Historia, memoria y pasado reciente

hecho por bestias o seres ajenos, sino por integrantes de la especie humana. El genocidio es parte de la propia historia de nuestra humanidad, de su inmemorable vergüenza”.¹ Testimoniar, narrar lo ocurrido, documentar capítulos ignominiosos y abyectos de nuestro pasado tiene el alcance de un acto solidario para las generaciones futuras, para la humanidad toda. Estamos obligados a hacer memoria, a construir memoria, a refugiarse y protegerla. Cobijarla ante planificados intentos de ocultamientos intencionales; preservar a la memoria del riesgo del cual no está exenta y que cabe contemplar, riesgo proveniente de su disciplinamiento por parte de la historia, productor de relatos hegemónicos. En esta línea de pensamiento, refugiarse a la memoria y a su vez, cultivarla como memoria rebelde, indómita e insurrecta, constantemente atenta frente a relatos históricos fraudulentos y maniobras ocultadoras del ayer solidificadas en narraciones que con pretensión de verdad se instalan teñidas de rigurosidad epistémica.² Según sostiene el historiador italiano Paolo Pezzino, el quehacer del “estudioso de la memoria tiene hoy el deber de esclarecer, no solamente la memoria hegemónica (la que sustenta la versión de los hechos comúnmente aceptada, o sea la narración histórica prevalente), sino la verdadera y real batalla por la memoria (o sobre la memoria) en la que se decide, se perfila y se legitima la identidad, sobre todo la colectiva”.³ Y es a esa batalla –por o sobre la memoria– a la que nos referimos cuando aludimos al cultivo de una memoria insurrecta, aquella que no permita ser domeñada.

La memoria es una facultad, dispositivo o capacidad que nos asiste –o no– toda vez que procuramos traer al presente el pasado, se recuerda lo ocurrido o se lo olvida con el concurso de la memoria. En tal sentido, la memoria es también concebida como convergencia, cruce, intercambio y en consecuencia es difícil el discernimiento de sus dos modalidades, el recuerdo y el olvido. La ausencia de recuerdo, en lo que cabe a los hombres, comporta ciertamente un síntoma neurótico en clave psicoanalítica,

¹ Wichter, F., *Undécimo mandamiento. Testimonio del sobreviviente argentino de la lista de Schindler*, Buenos Aires, Agora, 1998, Pág. 8.

² No nos detendremos en la problemática del saber modelado, clasificado, disciplinado, ni en los distintos tipos de regulaciones aplicadas a tal efecto a lo largo de la historia. En relación a las reglas de formación de los discursos científicos, véase Foucault, M., *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1992. También, Foucault, M., *Saber y Verdad*, Madrid, La Piqueta, 1991.

³ Pezzino, P., “Juez e historiador. La ‘memoria dividida’ de los italianos y la responsabilidad del historiador”, en *Páginas de Filosofía*, Año VII, N° 9, U.N.Co., 2000, Pág. 17.

M. E. Borsani - Memoria: intemperie y refugio

producido por motivaciones varias; Freud ha explicitado con genialidad suma este fenómeno y más allá de sus distintas formulaciones el psicoanálisis, como perspectiva teórica y clínica, abona esta premisa. Aunque también cabe decir que en ciertas ocasiones lo saludable y terapéutico es el olvido. El español Jorge Semprún, sobreviviente del campo de concentración de Buchenwald, también con mayúscula elocuencia, muestra en *La escritura o la vida*⁴, la imperiosa y vital necesidad de optar por la memoria de la muerte o el olvido, paradójicamente, para dar lugar a la vida. Escribir la muerte era volver a morir a cada renglón, cuando de lo que se trataba era de vivir: “Cual cáncer luminoso, el relato que me arrancaba de la memoria, trozo a trozo, frase a frase, me devoraba la vida. Mi afán de vivir, por lo menos, mis ganas de perseverar en esta dicha miserable. Tenía el convencimiento de que llegaría a un punto último, en el que tendría que levantar acta de mi fracaso. No porque no consiguiera escribir: sino porque no conseguía sobrevivir a la escritura, más bien. Sólo un suicidio podría rubricar, concluir voluntariamente esta tarea de luto inacabada: interminable. O entonces la propia falta de conclusión le pondría término, arbitrariamente, mediante el abandono del libro en curso”.⁵

Por ello, *La escritura o la vida* indica una tensión no fácil de resolver y que marcó la vida misma de Semprún, olvidar para vivir o recordar muriendo en la escritura del recuerdo.

Recuerdan los hombres y recuerdan los pueblos. También olvidan los hombres y olvidan los pueblos, pero el olvido no supone un mágico borramiento de lo ocurrido ni su clausura, como tampoco todos los olvidos pueden ser analizados desde un mismo registro, es decir, no todos los olvidos responden a intencionales omisiones con ribetes de complicidad, ni siempre comportan un síntoma neurótico, como tampoco todos los olvidos responden a saludables y vitales decisiones como en el caso de Semprún. Lo cierto es que lo ocurrido, el material motivo de olvido está allí, en algún lugar operando de modos varios.

II. Andamiajes de memoria no escriturales

En aras de resistir el olvido e instalar en el presente lo ocurrido duran-

⁴ Cfr. Semprún, J.; *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets, 1998.

⁵ Semprún, J.; *Op. Cit.*, Pág. 211.

Historia, memoria y pasado reciente

te los tiempos del Terrorismo de Estado perpetrado en nuestro país que conforma nuestro pasado reciente, se erigen diversos lugares o montajes de la memoria. Si lo que se procura es dejar huella de lo acaecido, la modalidad es multiforme: los textos escritos, los films, las historias de vida, las muestras fotográficas, el teatro, los museos de la memoria, las sentencias judiciales como también los ‘perdones’ oficiales, son algunos resortes, entre tantos otros, en los que se inscribe el pasado. Pero hay una modalidad que tal vez sea la menos indagada por los estudiosos de la memoria y que sin embargo conjuga una doble función, repudia el pasado inscribiéndolo –no necesariamente de forma escritural⁶– públicamente, a la vez que cumple la función informativa respecto de ese pasado en escenarios de libre acceso. Puntualmente nos referimos a emplazamientos varios, peculiares andamiajes expresivos, montajes de la memoria a cielo abierto bajo la forma de parques, jardines, plazas, paseos, bosques de la memoria. Estos espacios pueden denominarse de muy diversas maneras: repertorios evocativos, lugares de la memoria, escenarios de conmemoración, artefactos simbólicos rememorativos, instalaciones recordatorias, entre muchos otros. Adscribimos a la idea de Alan Radley quien sostiene que: “Hay objetos creados especialmente para ayudarnos a recordar. Esto lo consiguen gracias a su forma y localización, así como mediante el texto que suelen llevar. Algunos son rasgos relativamente constantes del medio ambiente, tales como una lápida o una inscripción en honor de una autoridad local. Otros son marcadores transitorios de un hecho a recordar (...). En ambos casos –transitorio o permanente– la gente crea objetos o instala artefactos para que algo sea recordado o conmemorado en el futuro”.⁷ Radley recupera la importancia del universo de los objetos en el cual, cultura mediante, se representa y deja registro tangible de acciones humanas, ya sean individuales o colectivas. Estos objetos o artefactos colaboran a recordar y a construir un pasado, al que se le rinde reconocimiento o se lo repudia, pero no se lo ignora ni se vuelve motivo de indiferencia. Si bien la noción ‘artefacto’ es pertinente a los fines que perseguimos en este artículo, preferimos sustituirla por el tér-

⁶ Un interesante análisis respecto de la memoria como escritura, recorriendo su historia desde las tablillas de cera hasta las computadoras realiza Douve Draaisma, investigador de la Universidad holandesa de Groningen. Cfr. Draaisma, D., (1995) *Las metáforas de la memoria. Una historia de la mente*, Madrid, Alianza Ed. S.A., 1998, Cap. 2.

⁷ Radley, A., “Artefactos, memoria y sentido del pasado” en Middleton, D. y Edwards, D. (comp.), *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido*, Barcelona, Paidós, 1992, Pág. 65. En adelante *MC.NSRO*.

M. E. Borsani - Memoria: intemperie y refugio

mino *andamiaje* para enfatizar la función de sostén desempeñada y que es la que nos interesa destacar en esta instancia. Mientras ninguna de las denominaciones anteriores (escenarios, artefactos, lugares, etc.) son excluyentes o inadecuadas, el término andamiaje nos remite a la idea de plataforma, estructura que soporta y por ello nuestra opción por este término. Andamiajes de la memoria que la sostiene al tiempo que la cobija. No se trata de monumentos, ni de museos al aire libre, sino de dispositivos de memoria a la intemperie, memoriales no monumentales.

Los bosques, parques, plazas o paseos conmemoratorios son espacios públicos, lo que se publicita, colectiviza y socializa es el pasado, la información converge a su vez con el indispensable repudio de lo ocurrido. Jardines, paseos, parques del 'Nunca Más' que apuestan a que la única manera de construir las bases de un sólido futuro democrático es poblar nuestro presente con las voces del ayer. Simbólica manera de darle vida a los muertos, sus raíces están ahí, en nuestro suelo nutriente, recuerdo y homenaje devenido follaje, preservación del pasado en la robustez del árbol. Alegóricamente, las especies allí plantadas darán sus frutos y echarán raíces; desaparecidos y asesinados durante la dictadura militar en nuestro territorio pero no muertos en la memoria de su pueblo, allí están para las generaciones venideras, de modo figurativo reforestan nuestro presente luego de la devastación a la luz de un mañana digno. Esta simbólica modalidad recordatoria apuesta a un horizonte que valga la pena esperar, y que, por tanto, la experiencia –pasado– no quede sin más ahogada como mero pretérito sino en estrecha relación y amarrada al horizonte de expectativas –futuro–, en términos del historiador R. Koselleck.⁸

En relación a la dictadura argentina y a los desaparecidos durante dicho período, en el prefacio de *Historiografía y memoria colectiva*⁹, Hayden White sostiene que:

“... a los fines de que la memoria pública retenga tales acontecimientos, necesitamos de nuevas clases de representaciones históricas, nuevas técnicas para presentar tales acontecimientos, y posiblemente, hasta nuevos modos de comprensión para transformarlos en un conocimiento útil a nuestras comunidades”¹⁰.

⁸ Cfr. Koselleck, R. (1979), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993.

⁹ Cfr. Godoy, C. (comp.), *Historiografía y memoria colectiva, Tiempos y Territorios*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2002.

¹⁰ White, H., “Prefacio” en Godoy, C. (comp.), *Op. Cit.*, Pág. 13.

Historia, memoria y pasado reciente

Entendemos que la utilidad de dejar huella y marca de lo acaecido bajo esta singular manera radica en una genuina aspiración de resistencia ante posibles pretensiones de amurallar en el olvido lo ocurrido; cuando la memoria generacional expire, estos andamiajes perdurarán en el paisaje urbano, siempre que el presente adquiera suficiente conciencia crítica y cívica de las implicancias que a futuro tiene el ser celoso de su salvaguardia. Esto, en conformidad con nuestra convicción de que el pasado no sólo es aquello de lo que se da cuenta desde la historia –que, como indicáramos más arriba, no queda exenta del riesgo de disciplinar ese pasado conforme el recorrido que por el ayer se proponga hacer– sino también es la herencia constitutiva de nuestra actualidad, por más repudiable y aborrecible que esto signifique. Así, la última dictadura deviene en nuestro presente como legado, nefasto por cierto, inmemorable vergüenza de la humanidad toda, como señalara Wichter.

Estos andamiajes de memoria a la intemperie son singulares representaciones simbólicas de ese ayer. Incluso ponen en tela de juicio los criterios canónicos de ‘representación’, mostrando que la representación de la historia no necesariamente ancla en el registro escritural. El pasado y la memoria de ese pasado se inscriben también en testimonios y documentos alternativos no pasibles de ser archivados ni encarpados y tal vez menos expuestos a su destrucción. Al respecto, resulta oportuno hacer mención al análisis realizado por Pierre Nora en relación a los lugares de memoria en Francia. Nora indaga los artificios construidos que perduran en pos de resistir –vigilancia conmemorativa mediante– el peligro latente del barrido por parte de la historia.¹¹

En relación a nuestro pasado reciente, en una sociedad que propició desde las máximas autoridades leyes de perdón y amnistías por doquier, estos emplazamientos son eficaces modalidades de resistencia ante diversos intentos de ocultamiento y olvido, poniendo al descubierto toda tentativa de clausura, ocupan un lugar físico, vuelven visible aquello que en oportunidades varias se pretendió acallar, ubican en la superficie aquello que se pretendió soterrar.

Estos escenarios de memoria a cielo abierto dan cuenta, expresan, informan, condensan un decir, por eso afirmamos que documentan y testimonian de modo peculiar; instan a una apertura de ese pasado desafiando por tanto, estrategias de silencio, fuera de librerías, archivos y anaqueles, pero contribuyendo a los mismos fines –y tal vez con igual efica-

¹¹ Cfr. Nora, P., *Les Lieux de Mémoire*, Paris, Ed. Gallimard, 1997.

M. E. Borsani - Memoria: intemperie y refugio

cia que el texto escrito— para que, retomando a Hayden White, la memoria pública retenga lo acontecido. Tales andamiajes de memoria constituyen auténticos resortes comunicacionales, suscribiendo las contribuciones de perspectivas provenientes del estructuralismo y de la semiótica, que sostienen que “nos comunicamos no sólo a partir de un uso individual del lenguaje sino a través de estructuras y convenciones de las cuales somos relativa o precariamente conscientes, cuando no totalmente ajenos”¹² en palabras de Aníbal Ford.

Ahora bien, afirmar que estos andamiajes de memoria informan sobre lo ocurrido supone a su vez avalarlos como genuinos portadores de conocimiento histórico aun cuando la información adquiera una modalidad *sui generis*, no convencional y tal vez, la más resistida o menos explorada por los historiadores. La pregunta que surge es ¿cómo inteligir la información que se desprende de tales escenarios? Respondemos a tal cuestionamiento valiéndonos de las reflexiones de Cristina Santamarina quien en “La convención de la objetividad de la información: entre lo verosímil y la evidencia”, sostiene que: “La cultura, las culturas, entendidas como convenciones últimas e irreductibles, capaces de atender a la transformación de sus propios códigos, implican el postulado siguiente: la desabsolutización de cualquier método o modo de representación, de conocimiento y de percepción, por lo tanto de *información* que pretenda erigirse como único y verdadero, depositario canónico de objetividad”.¹³

La presencia de estos andamiajes, que pueden encontrarse en emplazamientos diversos, comporta una elocuente y efectiva remisión al pasado reciente; en muchos casos sólo está sostenida en la denominación que acompaña a algunos de ellos: “de la vida” o “de la memoria”. Por caso, cabe mencionar la *Plazoleta de la memoria*¹⁴, ubicada en la pequeña ciudad de Cinco Saltos en la Provincia de Río Negro, espacio también denominado por sus celosos cuidadores como ‘verde rincón contra el olvido’. Esta plazoleta está erigida en homenaje a los jóvenes de la zona muertos y desaparecidos en la década de los ‘70 y los patrocinadores de tal iniciativa procuran “sea éste un testimonio para la futuras generaciones que

¹² Ford, A., Entrada del término “Comunicación”, en Altamirano, C. (director), *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós, 2002, Pág. 22.

¹³ Santamarina, C., “La convención de la objetividad de la información: entre lo verosímil y la evidencia”, en *Daimon. Revista de Filosofía, Universidad de Murcia*, N° 24, 2001, Pág. 54.

¹⁴ La plazoleta ocupa un predio del Ferrocarril Gral. Roca, ubicada sobre la Avenida Roca entre las calles Saavedra y Don Bosco.

Historia, memoria y pasado reciente

expresé el compromiso de toda la sociedad argentina: Nunca Más”, según la leyenda allí emplazada. En la *Plazoleta de la Memoria*¹⁵, que recuerda la vida de seis víctimas del pasado reciente argentino, se plantaron diversas especies arbóreas dejando librada la elección de las mismas a los familiares de los muertos y desaparecidos, incluso se ha plantado un árbol ‘de la vida’ (especie oriental) en homenaje a la vida de uno de los desaparecidos. Es éste uno de los espacios verdes más cuidados por la comunidad, lugar de encuentro y permanente tránsito de los más jóvenes, lo que sin duda coadyuva a la memoria pública. Los familiares de los jóvenes recordados se sumaron de modo inmediato a esta iniciativa presentada por ‘Amigos del Museo Regional de Cinco Saltos’ siendo su mentora la ciudadana Olga Hevia de González, quien presenta el proyecto en el año 1998, viéndolo concretado en el año 2000. Amigos y familiares de muertos y desaparecidos apoyaron este emprendimiento por entender se trataba de un espacio físico que posibilitaba que nuestros seis jóvenes patagónicos recordados volvieran a ocupar un lugar en su ciudad y en la memoria de su pueblo.

Con posterioridad a este emplazamiento y por citar otro de tantos montajes de la memoria, se encuentra el *Bosque de la Vida* ubicado al margen del corredor externo de la Universidad Nacional del Comahue, en Neuquén Capital. Simbólicos troncos amarrados con sogas, sostenes de la memoria a cielo abierto apostando a la vida, condenando la muerte de la década del ‘70 en territorio argentino. Lugar de tránsito obligado para la comunidad universitaria en su conjunto, espacio casi imposible de eludir ya que es la vía peatonal para ingresar a la Biblioteca Central, estratégicamente ubicado, es difícil evitarlo. Aunque, claro está, su adecuada ubicación no implica que cumpla el cometido de manera infalible, siempre cabe la posibilidad de ignorar aún aquello que parece ser más que evidente. Troncos resistentes en los que se embuten placas grabadas con el nombre y fecha de nuestros desaparecidos locales, la fidelidad de la madera conjugada con el metal en donde aparecen documentadas identidades. También, en predio de la Universidad Nacional del Comahue, pero en instalaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en la ciudad de General Roca en la Provincia de Río Negro, se erigió con

¹⁵ Cfr. consúltense información periodística relacionada con la plazoleta “Los caminos de la memoria por los desaparecidos”, en Suplemento aniversario de Cinco Saltos, Diario *Río Negro*, 10 de Noviembre de 1998. “Cinco Saltos no olvida”, Diario *Río Negro*, 25 de Marzo de 1999; “En el círculo de la vida Cinco Saltos dijo: Nunca Mas!”, Diario *Alternativa*, Abril de 2000.

M. E. Borsani - Memoria: intemperie y refugio

similar propósito al de Neuquén Capital un espacio recordatorio, también llamado *Bosque de la Vida* pero que no desempeña la función de lugar de memoria a ser transitado ya que su ubicación no es de circulación masiva. Su emplazamiento no es adecuado perdiendo fuerza y efectividad en tanto escenario que pretende darle lugar al pasado en el presente. Se trata de una sobria estructura pétrea en forma de monolito con placas recordatorias, erigido en los jardines del predio universitario, en adyacencias al edificio donde funcionan las dependencias de gobierno de la Facultad, y por ende, la menos concurrida por el alumnado. Si bien lo reivindicamos como espacio de conmemoración que evoca lo acaecido en tiempos de Terrorismo de Estado, señalamos la inconveniente localización que lo vuelve poco visible y por ello no opera con la eficacia que es dable esperar en tanto lugar de memoria como escenario a ser recorrido y con el cual interactuar, que es la perspectiva que abonamos en este trabajo.

III. Retórica, persuasión y memoria pública

Estas manifestaciones alternativas del pasado se vuelven una particular y efectiva manera de ‘decir’ no sujeta a la palabra escrita, pero sin embargo, igualmente locuaz, comunicativa y por ende, persuasiva. Al respecto, la tradición hermenéutica contemporánea ha desarrollado la tesis de la lingüisticidad en tanto único modo de realización de toda comprensión, señalando que no cabe posibilidad de acción interpretativa por fuera del lenguaje. A su vez, postular que somos lenguaje y “*habitamos en la palabra*”¹⁶ como modalidad única de dotar de sentido el mundo, se engarza con los estudios retóricos que han prosperado en los últimos tiempos y que subrayan la primacía de la persuasión en toda actividad comunicacional. Los artefactos simbólicos de los que venimos ocupándonos, devienen por tanto en verdaderos andamiajes retóricos que comportan, ciertamente, un indudable alcance documental; invitan o más bien convocan a una actividad interpretativa. En tal sentido, los objetos estético-expresivos caen bajo la tesis de la ubicuidad retórica ya que soportan un decir y orientan la persuasión con un claro sentido de compromiso político que conjuga la denuncia, la sanción y exhorta a su no reiteración.

¹⁶ Gadamer, H.-G. (1986), *Verdad y Método II*, Salamanca, Sígueme, 1992, Pág. 194. En adelante *VyMII*.

Historia, memoria y pasado reciente

La dimensión retórica vertebrada y soporta todo discurso, en ausencia de la persuasión no hay comunicación posible, sin persuasión se invalida la esfera de la recepción y comprensión del mensaje. Imposible prescindir de la función retórica en todas las esferas de la comunicación. Porque la dimensión retórica actúa siempre allí donde el decir opera. La retórica está siempre presente donde haya circulación de sentido, está implicada en toda instancia que tenga que ver con la relación entre un signo y su significado. Se vuelve condición de posibilidad de la comunicación y hace al entendimiento en todo su alcance. Las corrientes que recuperan la retórica avalan su presencia constante, su naturaleza invasiva ya que la retórica todo lo impregna.

Hoy asistimos a una reconceptualización de la retórica. Distintas corrientes de la filosofía contemporánea –y como señaláramos con anterioridad de modo prevaeciente enfoques hermenéuticos a los que se suman perspectivas textualistas– emprenden, hace no más de tres décadas a esta parte, lo que podría denominarse empresa rehabilitante de la retórica.¹⁷ A la luz de esta nueva ponderación de la retórica se enfatiza el fenómeno de la persuasión siendo su protagonismo constante e ineludible en toda ocasión en la que ocurra transacción de sentido hombre-mundo.

En coincidencia con planteos previos desarrollados en torno a la lógica informal y a la teoría de la argumentación por parte del belga Ch. Perelman¹⁸, es Hans-Georg Gadamer quien patrocina la tesis de la ubicuidad u ominipresencia retórica, rehabilitando el rol del primado de la persuasión desempeñado de modo implícito en el vasto campo de la praxis. El planteo hermenéutico suscribe el postulado de la retórica en tanto constitutiva de toda praxis comunicacional –más allá de las diferentes modalidades en las que la comunicación se vehiculiza–. Así, Gadamer aborda la problemática retórica, distanciándose de los aspectos que la asocian a una mera técnica discursiva subrayando el engarce entre la dimensión retórica y hermenéutica de la lingüisticidad humana. Según nuestro autor la ubicuidad de la retórica es ilimitada; incluso si las ciencias se erigen como espacio de credibilidad y eficacia es justamente en

¹⁷ A efectos de indagar la estrecha vinculación entre retórica y hermenéutica consúltese una breve pero significativa mención en Gadamer, H.-G.(1960), *Verdad y Método*, Salamanca, Sígueme, 1977, Epílogo. En adelante *VyMI*. Consúltese también del mismo autor *VyMII*; Sección IV, Ampliaciones, Puntos 18, 19, 20 y 21.

¹⁸ Cfr. Perelman, Ch. y Olbrechts Tyteca, L. (1958), *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*, Madrid, Gredos, 1989. Así también, Perelman, Ch. (1977), *El imperio retórico. Retórica y argumentación*, Bogotá, Norma, 1997.

M. E. Borsani - Memoria: intemperie y refugio

virtud del elemento retórico que siempre está actuando como sustento. Adscribiendo a este planteo escrutamos el potencial persuasivo de aquello que no se encuentra enmarcado como registro bibliográfico ni en archivo alguno y que sin duda comporta una elocuente remisión al pasado –en nuestro caso al pasado reciente– bajo diversas formas de emplazamientos evocatorios como parques, jardines, bosques, plazas. En tal sentido es que incorporamos la problemática retórica, porque si estos modos menos convencionales de presentar y recordar el ayer son considerados como genuino material de análisis para los interesados en indagar la relación historia-memoria, es porque los reconocemos portadores de un decir persuasivo respecto al pasado histórico –aún cuando ese decir no esté puesto en palabra– y es bajo el fuero de la retórica donde cabe dar cuenta de cuestiones ligadas al fenómeno de la persuasión. Así, los andamiajes aludidos devienen andamiajes retóricos no escriturales; desempeñan una eficiente función persuasiva, dejándose leer en términos de una convergencia de conmemoración e impugnación de los crímenes cometidos durante la dictadura, constituyéndose por tanto en textos –en el sentido lato del término–.

Ahora bien, en otro trabajo sostuvimos que: “En relación a la actividad historiográfica, el modo de ser, la naturaleza del testimonio histórico es dada de manera lingüística. El único proceder que el historiador tiene para descifrar el pasado y dar cuenta de él es en forma de decir. (...) El único modo de apresar y aprehender el mundo histórico es narrándolo, aún cuando el mismo no es sólo narración”.¹⁹ Entendemos que estos andamiajes de memoria, si bien pueden ser ponderados como artefactos extra-lingüísticos, no obstante, permiten a su vez narrar el pasado de singular manera y sólo lingüísticamente apresamos e inteligimos el sentido de su emplazamiento. Es cierto que estos distintos modos de transmisión del pasado escapan a toda literalidad, sin embargo, no dejan librado el sentido a arbitraria significación y tornan verosímil el pasado al que aluden, vehiculizando el recuerdo, tornándolo memoria pública, permitiéndonos transitar por sus lugares, sus rincones, sus diversos modos de representación. A su vez, esto último supone adherir a perspectivas que sostienen que el fenómeno de la memoria y por ende la facultad de recordar u olvidar, no queda circunscripto a la esfera individual y personal sino

¹⁹ Borsani, M. E., “Importancia de la obra de H.-G. Gadamer para el quehacer del historiador” en Adamovsky, E. (ed.), *Historia y Sentido. Exploraciones en teoría historiográfica*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2001, Pág. 127.

Historia, memoria y pasado reciente

que cobra una impronta colectiva.²⁰ Y ciertamente, según expresa David Barhurst: “Aquí nos encontramos con un reto radical a la visión ortodoxa de que la memoria se localiza dentro de la cabeza, un reto que sugiere que la naturaleza de la memoria individual no se puede analizar sin hacer referencias esenciales a nociones tales como ‘sociedad’, ‘comunidad’ e ‘historia’.”²¹ En este sentido, los acontecimientos traumáticos que se recuerdan no quedan circunscriptos a eventuales circunstancias que sujetos aislados padecieron, sino que tales acontecimientos se enmarcan en un contexto político que torna inadmisibles cercenar el recuerdo a la esfera individual. Por ello, el alcance público de la memoria que estos andamiajes posibilitan no colisiona con otras dimensiones de la memoria tales como colectiva, social, compartida, etc.; sino que más bien la memoria pública es comprensiva de estas otras dimensiones de la memoria.

Ahora bien, puede decirse que esta manera de aludir al pasado puertas afuera, en espacios de libre tránsito y masiva circulación en pos de una exitosa persuasión de sus destinatarios no resulta novedosa y que el arte ya ha incursionado en esta modalidad. Por ejemplo, entre muchos otros que podríamos citar, el mexicano Diego Rivera llevó su arte en forma de mural puertas afuera del atelier, de las salas de exposiciones, de museos y galerías; encomiable conjunción de militancia política y genialidad artística. Dejó incrustado públicamente el genocidio del pueblo azteca en manos de los españoles. Hay sin duda una fuerte impronta persuasiva en sus murales, hablan de un tenaz compromiso político con la historia de un pueblo, una retórica –en este caso de la imagen–²² que cala, que llega, que interpela y condena en la calle, a entera disposición del público. Aquí estamos frente a marcas públicas de representación del pasado que se enrolan en el ‘arte’ como adecuada categoría que las engloba. Sin embargo, los emplazamientos/andamiajes de la memoria en forma de plazas, bosques, parques o paseos públicos –tales como aquellos de los que venimos haciendo referencia– no tienen como cometido prioritario el ser ponderados como artísticos, aún cuando en la instancia de la recepción

²⁰ Cfr. Halbwachs, M., *La Mémoire Collective*, Paris, Presses Universitaires de France, 1950.

²¹ Barhurst, D., “La memoria social en el pensamiento soviético”, en *MC.NSRO*, Pág. 221.

²² Resulta oportuno hacer mención al viraje de los estudios retóricos hacia la imagen llevados a cabo por parte de R. Barthes, quien reconoce la incidencia de la retórica ya se trate de anclajes icónicos o formas verbales. Cfr. Barthes, R., (1974) *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós, 1994. Del mismo autor véase: *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*, Barcelona, Paidós, 1986. Parte I.

M. E. Borsani - Memoria: intemperie y refugio

den lugar y pongan en funcionamiento dispositivos interpretativos similares. Como tampoco tienen ni pretenden tener la forma de monumento, modo recordatorio generalmente asociado a gloriosas evocaciones epopéyicas, por el contrario, son austeros, pero tan sobrios como prolíficos; diseñan otra dinámica, responden a una concepción distinta de conmemoración, apartada de todo cometido grandilocuente, no se trata de construcciones arquitectónicas imponentes, recordatorias de capítulos victoriosos. No obstante, cumplen con el propósito de exponer la memoria a la intemperie y dejar al desnudo la tragedia vergonzante incrustando en la cotidianeidad el ayer que se evoca en clave de condena.

IV. Memoria y controversias

La plástica argentina Mónica van Asperen, sostiene que:

“... la idea de memoria como espacio a ser recorrido es más reparadora que la idea de monumento, tan relacionado al poder”.²³

Reflexiones de esta naturaleza dan lugar a la polémica entre monumento-antimonumento, una de tantas controversias que involucró a los distintos Organismos de Derechos Humanos y familiares de las víctimas con motivo del *Parque de la Memoria* situado en una estratégica franja costanera del Río de la Plata en la Capital Federal, diseñado en homenaje a los desaparecidos y asesinados por el Terrorismo de Estado durante la dictadura militar. El parque comprende catorce hectáreas, y cuando este emplazamiento estaba aún en estado de proyecto, Marcelo Brodsky –miembro de la asociación civil Buena Memoria– decía: “serán atravesadas por una herida abierta en una colina artificial de seis metros de altura cubierta de césped, despojada. A ambos lados de la grieta se colocarán las estelas de granito con los nombres de todos los desaparecidos y los asesinados por el terrorismo de Estado. La herida desembocará en el río y estará jalonada por dos plazas ceremoniales donde el paseante podrá detenerse”.²⁴ Conjugadas con el verde césped se ha previsto la instalación de un total de catorce esculturas alegóricas al pasado reciente y hoy

²³ Van Asperen, M., “La contemplación y la intimidad en el acto de recordar son necesarios”, en Revista *Ramona*, Buenos Aires, N° 9-10.

²⁴ Brodsky, M., “La memoria junto al río”, Diario *Página/12*, 13 de abril de 1999, Pág. 29.

Historia, memoria y pasado reciente

el parque cuenta con dos de ellas ya construidas.²⁵ El decir quedará materializado esculturalmente en mármol, metal, acrílico o materiales varios, soporte objetual de un acto de rememoración que se espera llegue a generaciones futuras y perdure en la memoria pública de un pueblo que no puede construirse volviéndole la espalda a su legado histórico, tornándolo subterráneo. Por el contrario, el pasado reciente está en la superficie operando en el hoy. El proyecto *Parque de la Memoria* generó discrepancias en el seno de los organismos convocados a tal efecto, y un sector cuestionó su construcción dada la impunidad de la gestión gubernamental que apoyaba este emprendimiento.²⁶

Cómo hacer y forjar memoria, cuál el mejor recurso que garantice su perdurabilidad y preserve el pasado es sin duda cuestión controversial de envergadura. Al respecto, un disenso se generó también con motivo del emplazamiento de otro andamiaje público de la memoria: se trata del predio arbolado en la ciudad de Tres Arroyos en la Provincia de Buenos Aires, ubicado en las adyacencias de la Estación Terminal de Ómnibus, denominada *Plaza de la Memoria*²⁷ sobre un acceso de permanente circulación y que evoca a los veintidós ciudadanos desaparecidos de la mencionada localidad, víctimas del Terrorismo de Estado. Este andamiaje de memoria en forma de plaza, se concretó con la plantación de un roble por cada uno de los desaparecidos, entendiéndose que esta modalidad comportaba un eficaz vallado contra el olvido. Sin embargo, si bien debiera estar forestada con veintidós árboles, hay uno menos ya que se respetó y comprendió la disidencia de uno de los familiares de las víctimas recordadas, quien desestimó la condición de ‘desaparecida’ de su hija.²⁸

En relación a otra controversia respecto a la modalidad de evocación

²⁵ Cfr. *Escultura y Memoria. 665 Proyectos presentados al concurso en Homenaje a los detenidos desaparecidos y asesinados por el Terrorismo de Estado en la Argentina*, Comisión Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado, Eudeba, 2000.

²⁶ La controversia más resonante se generó por parte de las Madres de Plaza de Mayo, presidida por Hebe de Bonafini quien se manifestó en contra del proyecto, retirándose de la convocatoria. Entre otras objeciones, Bonafini señalaba que el mismo gobierno radical, mentor de las leyes de impunidad durante el gobierno de Raúl R. Alfonsín (1983-1989), era el que ahora avalaba este proyecto, lo que implicaba una contradicción ideológica inadmisibles.

²⁷ Está emplazada en un predio sobre la Avda. San Martín que es uno de los accesos más importantes a la ciudad desde la ruta nacional Nro. 3 que une Bahía Blanca con el resto de la Provincia de Buenos Aires.

²⁸ La madre de Graciela Olga Barcala (consta como desaparecida N° 9363, incluida en el legajo N° C 6605 en los registros de la CONADEP) en una de las reuniones con-

M. E. Borsani - Memoria: intemperie y refugio

resulta pertinente mencionar la polémica desencadenada recientemente con respecto al monumento ecuestre de Julio Argentino Roca emplazado en el Centro Cívico –plaza central– de la ciudad de Bariloche en la Provincia de Río Negro. Miembros pertenecientes a los pueblos originarios mapuches han grabado en el pecho de Roca su símbolo inequívoco, expresando una vez más el repudio. Pero a su vez, sobre la base y en los alrededores del pedestal hay estampados en el piso los pañuelos blancos de las Madres, también símbolo inequívoco, emblemático de castigo y memoria, los que periódicamente se vuelven a pintar. Un grupo de vecinos solicitó al intendente de la ciudad que limpie el símbolo mapuche del monumento a Roca y retire las ‘manchas’ blancas estampadas en las losas de los alrededores. Otro grupo de vecinos, conformado por miembros de la Asamblea Permanente de los Derechos Humanos, manifestó su rechazo a esta postura reaccionando críticamente. Finalmente el intendente de Bariloche se negó a limpiar las denominadas ‘manchas’ blancas por considerarlas un símbolo de la memoria histórica y del dolor de un pueblo.²⁹

Si bien no es nuestro propósito ahondar en las discrepancias desencadenadas en relación al emplazamiento de estos lugares de conmemoración a la intemperie, a los que consideramos sostenes y protectores de la memoria, entendemos que cabe hacer una breve alusión a la existencia de desacuerdos al sólo efecto de mostrar que no es de fácil resolución el criterio a adoptar al momento del diseño de resortes evocativos del pasado traumático heredado, más aún cuando de lugares públicos se trata.

V. A modo de conclusión

Cómo evocar, cómo recordar y cuál la manera más acertada no es tema cerrado; no obstante, estimamos que en los jardines, plazas, y bosques y

vocadas para darle forma al proyecto desmiente la condición de desaparecida de su hija en estos términos: “mi hija no desapareció ni está muerta. Lo que pasó durante la dictadura le provocó una amnesia y eso ha hecho que no vuelva a casa, sino que se haya ido a vivir a otro país, presumiblemente a Cuba”. Vergnano, A. y Torremare, G., 22. *Los tresarroyenses desaparecidos*, Tres Arroyos, Ed. El Periodista de Tres Arroyos, 2001. Pág. 51. (texto declarado de interés municipal, el 3 de setiembre de 2001, por el decreto N° 1376/2001, expte N° 3488-D-2001).

²⁹ Cfr. “Bariloche no borra los pañuelos de la memoria”, en *Diario Río Negro*, 2 de Julio de 2003. Celebramos que a la fecha de escritura de este artículo -noviembre 2003- los pañuelos de la memoria continúan allí y tampoco ha sido borrado el símbolo mapuche que en repudio se ha grabado en el pecho de J. A. Roca.

Historia, memoria y pasado reciente

otros espacios públicos a la intemperie, la evocación se orienta hacia la vida y no hacia la muerte. Se honra la vida de las víctimas, por ello es que no están erigidos en vías a generar un espacio de parálisis y congoja asfixiante, al estilo mausoleo, sí de activo recuerdo vital y oxigenado. Su recorrido casi invita a esparcirnos e involucrarnos críticamente con el pasado al que remiten, haciendo uso de la memoria de modo ejemplar.

Son oportunas las consideraciones que en *Los abusos de la memoria*³⁰, formula Tzvetan Todorov respecto a la casi irreverente superabundancia de monumentos, actos recordatorios, conmemoraciones que se vuelven habituales, ‘delirio conmemorativo’ aparecido en los últimos tiempos, sobre todo, según indica el autor, en la Francia de nuestros días. Todorov reconoce cuán saludable es el ejercicio rememorativo para distinguirlo del ejercicio ocultador de la memoria. No obstante, estima que es necesario poner en tela de juicio las motivaciones y los fines de tales exhortaciones al recuerdo. Así, la hipótesis que Todorov explora sostiene la posibilidad de:

“Fundar la crítica de los usos de la memoria en una distinción entre diversas *formas* de reminiscencia. El acontecimiento recuperado puede ser leído de manera *literal* o de manera *ejemplar*”.³¹ La segunda modalidad es la que abona en virtud de su potencialidad liberadora y su compromiso con la justicia dado que “el pasado se convierte por tanto en principio de acción para el presente”.³²

Esto significa que no toda representación de la memoria, no toda liturgia conmemorativa vale por sí misma.

Es por ello que reivindicamos aquellas representaciones de la memoria que se emplazan como espacio por el cual circular, espacio que al igual que el pasado es menester sea recorrido. El pasado no como lo ocurrido, acabado carente de actualidad y efectualidad en el presente, sino como lugar, terreno, sitio en nuestro presente por el que transcurrimos, circulamos y transitamos. Comporta una concepción de la historia que nos obliga a usar el gerundio (no lo sido, sino lo siendo) no historia de disrupciones y bruscas clausuras, sino historia como aquello que actúa en nuestro

³⁰ Cfr. Todorov. T., *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000.

³¹ Todorov. T., *Op. Cit.*, Pág. 30.

³² Todorov. T., *Op. Cit.*, Pág. 31.

M. E. Borsani - Memoria: intemperie y refugio

presente. Somos herederos de esa historia vergonzante y cabe pensar que no desnudar la tragedia que legamos nos vuelve no sólo irresponsables ante el futuro sino (lo que es igualmente grave) cómplices ante el hoy.

En coincidencia con los planteos hermenéuticos, el pasado no es considerado como mera herencia sino configurador del hoy, lo que nos obliga a un reconocimiento del ayer plasmado en la pertenencia a la tradición, en la urdimbre de nuestro presente. Así, Gadamer, recusando toda posibilidad de tornar el pasado cosa ocurrida, sostiene que:

“Por el contrario nos encontramos siempre en tradiciones, y éste nuestro estar en ellas no es un comportamiento objetivador que pensara como extraño o ajeno lo que dice la tradición; esta es siempre más bien algo propio, ejemplar o aborrecible, es un reconocerse en el que para nuestro juicio histórico posterior no se aprecia apenas conocimiento, sino un imperceptible ir transformándose al paso de la misma tradición”.³³ En tal sentido, pone reparos a lecturas reificadoras del ayer y rechaza perspectivas oclusivas del pasado.

Finalmente, memoria a cielo abierto, concepción dinámica de la memoria y del pasado que instaura simbólicamente la injerencia del ayer en el presente, mediante diversas representaciones del pasado reciente que contribuyen indudablemente a forjar la memoria de lo acaecido. Estos espacios constituyen, en tanto andamiajes de memoria, auténticas representaciones que actúan como disparadoras de una actividad de encuentro entre el pasado y el presente y posibilitan la comprensión del ayer, permitiendo entablar un diálogo interrelativo. Su presencia insta a una intervención crítica del pasado en el presente toda vez que éste procure omitir la efectualidad-efectividad de la historia. Tales representaciones constituyen, a nuestro parecer, genuinas portadoras de conocimiento histórico que instalan memoria. Memoria a la intemperie como una modalidad de efectivo resguardo, a la intemperie pero paradójicamente menos vulnerable, más protegida y mejor preservada, sólo a condición de recibir buen riego y evitar toda poda que pueda dañar su mañana frondoso.

ABSTRACT: Dejar huella del pasado reciente –legado constitutivo del hoy– se torna imperativo inexcusable en aras de forjar una memoria prolífica e indómita ante posibles disciplinamientos por parte de la historia. En tal sentido, analizaremos singulares andamiajes de la memoria no escriturales, emplazados a cielo

³³ Gadamer, H.-G., *VyMI*, Pág. 350.

Historia, memoria y pasado reciente

abierto bajo la forma de jardines, plazas, bosques de la memoria. Se trata de dispositivos de memoria a la intemperie, memoriales no monumentales erigidos en espacios públicos evocativos, lugares de libre acceso que simbólicamente convocan a recorrer el pasado. Estos artefactos expresivos de conmemoración condensan una potencialidad recordatoria crítica coadyuvando al cultivo y protección de la memoria pública, deviniendo así en persuasivos vallados contra el olvido.